

Populismo *neobarroco*: una lectura alternativa al capitalismo tecnofeudal

Por María José Rossi¹

El populismo no suele estar bien visto. Objeto anamórfico por excelencia, depende del ángulo de visión el que su potencial político como agente de emancipación pueda ser apreciado como tal. Visto de frente, tal como se empeñan en mostrarlo sus detractores, sólo nos ofrece una imagen distorsionada, una caricatura de sí mismo. Las invectivas abundan: se lo acusa de irracional, paternalista, autoritario, demagogo, fascista y retrógrado. La tradición marxista latinoamericana lo desdeña, la liberal lo desprecia. No es de extrañar: para los liberales representa una desviación del curso normal de las cosas, una abominación cuya sola presencia desmiente los ideales sobre los que se construyen las democracias cuando estas son “saludables”. Para los socialismos heterodoxos de mediados de siglo pasado, en cambio, su pecado capital es su oscura complicidad con el Estado: maquinaria al servicio de la clase dominante, órgano de subordinación oligárquica; los populistas pues, invocando al pueblo, no hacen sino traicionarlo.

El populismo, pues, esa anomalía. Como hemos observado en un estudio anterior (Rossi 2019), la carga semántica asociada al término ha llevado a escamoteos deliberados y a su reemplazo por eufemismos tales como “comunismo débil” o “democracia de alta energía”, incluso por parte de quienes apoyaron de manera expresa algunos de los procesos populistas llevados a cabo recientemente en América Latina, entre los que cabe mencionar los gobiernos de: Venezuela, con Hugo Chávez (2002-2013); Bolivia, con Evo Morales (2006-2019); Brasil, con Lula Da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-2016); Argentina con Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2007-2015); Ecuador, con Rafael Correa (2007-2017). Sin contar los populismos históricos: el Yrigoyenismo y el Peronismo en la Argentina, el Cardenismo en México, el Varguismo en Brasil.

En la primera parte de este trabajo repongo en forma sumaria los abordajes teóricos de dos de sus principales detractores: Loris Zanatta (2014, 2021) y Slavoj Žižek ([2006], 2018). En la segunda parte, a partir de los trabajos pioneros de Ernesto Laclau (1996,

¹ María José Rossi es Doctora en Filosofía por la Università degli Studi di Torino, Italia. Profesora Asociada regular de Filosofía en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), así como de diferentes cursos de posgrado. Es Investigadora Categoría 1 por el Programa de Incentivos del Ministerio de Educación y el Consejo Interuniversitario Nacional, con desempeño en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA, IEALC). Directora y Codirectora de diversos proyectos de investigación UBACyT desde 2004 a la actualidad. Es autora de *El cine como texto. Hacia una hermenéutica de la imagen-movimiento* (Primer premio de ensayo Topía, 2007) y coeditora de los libros: *Relecturas. Claves hermenéuticas para la lectura de textos filosóficos* (Eudeba, 2013), *Este no es un injerto. Ensayos sobre Hermenéutica y Barroco en América Latina* (Miño y Dávila, 2017); coordinadora del volumen *Pestilencias. Las pestes desde una hermenéutica neobarroca nuestroamericana* (Teseo, 2020), y de *Polifonía y contrapunto barrocos: Marosa de Giorgio, José Lezama Lima, Wilson Bueno* (Teseo, 2020), así como de diversos artículos en revistas nacionales e internacionales sobre su especialidad.

2005) y Chantal Mouffe (2005, 2013), examino los fundamentos de esta forma peculiar de politicidad cuya lógica inmanente reclama ser comprendida en sus propios términos. En la tercera parte, retomando los aportes de Paula Biglieri y Luciana Cadhaia (2021), Jorge Alemán (2018), Eduardo Rinesi (2015), Paula Biglieri y Gloria Perelló (2007), propongo su vinculación con el neobarroco latinoamericano, el cual ofrece la posibilidad de pensar el populismo no sólo en términos de demanda y de falta, sino también de potencia.

Dentro de los límites y también de la libertad que supone un ensayo de estas características, la tarea de reconstruir algunos de los presupuestos y prejuicios que rodean el fenómeno, tiene un propósito: demostrar que el **populismo latinoamericano constituye una auténtica alternativa al actual liberalismo neofascista o capitalismo neo-feudal**. Con esta última denominación, miento el mundo de las finanzas disociado de la producción y del trabajo, al que sostiene el padecimiento y el malestar de las mayorías (Varoufakis 2020). Asimismo, doy cuenta de un fenómeno sobre el cual el psicoanalista lacaniano Jorge Alemán (2019) ha llamado la atención: el “crimen perfecto” del neoliberalismo, fundado en la entronización del hombre económico en detrimento del hombre político, fenómeno destacado asimismo por Michel Foucault en un conocido seminario². Procurando, contra el reduccionismo economicista, restituir la importancia y la autonomía de la dimensión política, y tomando en cuenta la diversidad *plebeya* de nuestras comunidades contra el reduccionismo de clase, los teóricos del populismo latinoamericano ponen en cuestión la lógica que alienta la forma de apoliticidad neoliberal y su cometido último: desactivar la movilización y la construcción de comunidad. En tal sentido, la “razón populista” (sintagma con que Ernesto Laclau desautoriza sus connotaciones irracionales) converge con la tradición de pensamiento americana que sostiene ideales emancipatorios.

Vinculada en sus inicios al marxismo (sobre todo a Gramsci y a Althusser) y al posestructuralismo (en particular Lacan y Derrida), la razón populista construye una constelación conceptual con las nociones de pueblo, antagonismo, contingencia y dislocación. Aspiro a demostrar que el populismo no conspira contra los principios republicanos que enarbolan como bandera las democracias occidentales, sino que los profundiza: tanto las experiencias populistas vividas en el pasado reciente por las democracias latinoamericanas, como la lógica que las torna inteligibles, admiten articulaciones provechosas y posibles entre republicanism, populismo y neobarroco. La inserción de este último componente constituye el aporte singular de este trabajo, que incorpora, no desde la pura exterioridad sino desde los resortes inmanentes de la

² Para Foucault, el adversario principal del pensamiento neoliberal es la política económica inspirada en Keynes, la cual fue adoptada por la mayor parte de los populismos latinoamericanos. Los gobiernos populistas de la región se han empeñado en no separar la economía de la política (separación en la que insiste el neoliberalismo), subordinando la primera a la segunda: es la política la que debe conducir y orientar a la economía. Dice Foucault: “...la política keynesiana, los pactos sociales y de guerra y el crecimiento de la administración federal por medios de los programas económicos y sociales, constituyen el adversario, el blanco del pensamiento neoliberal” (2007: 253).

comunidad política, la dimensión sensible y *poiética* al fenómeno que buscamos comprender.

El populismo y sus relatos

Tanto las novelas con que los neuróticos procuramos hilvanar nuestra frágil existencia como las grandes narrativas que articulan la historia con mayúscula, demuestran que es casi imposible carecer de relatos. Incluso las llamadas “ciencias duras” se hibridizan al intercalar en su aséptica discursividad términos que componen tramas legibles para el común de la gente, lo cual no desmerece su valor y su objetividad. El problema aparece con aquellos estudios que, presentándose como objetivos, neutrales y a-valorativos, construyen relatos formidables que invierten la carga de cientificidad necesaria para la construcción de teoría, tanto en el ámbito de las ciencias duras como en las ciencias sociales. No sólo porque traicionan, adulteran o desconocen datos, no sólo porque ignoran aquellos estudios que podrían contrastar con la propia visión, no sólo porque carecen de recaudos metodológicos adecuados, sino porque enmascaran los presupuestos ideológicos y la finalidad que orientan sus investigaciones. Hans-George Gadamer (1997) ha argumentado razonablemente respecto de la necesidad de mantener una mirada atenta y vigilante hacia los propios prejuicios improductivos (pues los hay productivos también) que perturban la comprensión. Veamos de cerca uno de estos constructos en los que la carga de prejuicios improductivos oblitera la comprensión del fenómeno que procuramos esclarecer.

Dedicado a la historia latinoamericana en la Universidad de Bolonia, Loris Zanatta tiene en su haber dos textos sobre populismo. El primero, editado en 2014, *El populismo*, procura un acercamiento histórico y conceptual al fenómeno. De acuerdo con su aproximación, los populismos, más allá de sus peculiaridades o de que sean de izquierda o de derecha, tienen una “esencia”, un “núcleo ideal” (2014: 18), que evoca la idea de comunidad. Más allá del evidente esencialismo (del que el pensamiento populista buscará despegarse), el presupuesto de la comunidad implica para el autor la adopción del paradigma organicista, según el cual la parte y el todo deben articularse sin resquicios. Roles, identidades y creencias compartidas socialmente reposan sobre un sustrato común, inalterable y fijo, erigido en fundamento del cuerpo social: el “pueblo”. Parte inseparable de este conglomerado, la figura del líder garantiza la amalgama del *populus* en base a un sentimiento que remite a la horda primitiva, el cual a su vez le permite sostener decisiones que escapan al funcionamiento “normal” de la sociedad. En otras palabras: el arbitrario e irracional decisionismo característico de los liderazgos populistas traiciona los ideales democráticos y republicanos que deben regir las sociedades. La apelación a estrategias demagógicas, fundadas en la búsqueda de satisfacción de las necesidades materiales e identitarias del pueblo, tiene como efecto que el *ser* (irracional) se sobreponga al *deber ser* (racional). En otras palabras: para el autor, en el populismo el pragmatismo vence a la normatividad, la irracionalidad a la racionalidad. El momento populista hace su aparición en momentos de transformaciones económicas, culturales y políticas que generan desconcierto, inseguridad y amenaza de pérdida de identidad, es decir, en momentos en que se constata la emergencia del

momento liberal y se asiste a la consolidación del mercado y de aquellas instituciones que aseguran su funcionamiento. Es allí donde la apelación a una sustancia común y a un ethos obraría como garante frente a las turbulencias derivadas de la aplicación del principio de libertad en todas las dimensiones de la vida. El fenómeno adopta proporciones considerables en los países latinoamericanos debido a su condición marginal en relación con la economía mundial, al escaso arraigo del ethos liberal en sus sociedades y a la fragilidad de sus instituciones democráticas. De este modo queda configurado el sesgo fascista, fanático, antidemocrático y antiliberal que constituye su faz oscura.

En su último libro, de 2021, *El populismo jesuita. Perón, Chávez, Fidel, Bergoglio, Zanatta* vuelve sobre la tesis, esta vez, para anudar el populismo a sus raíces católicas y emprenderla contra los líderes populistas latinoamericanos que reproducen sus componentes estructurales: unanimismo, jerarquía y organicismo corporativo. Es en la estructura política y teológica de la Compañía de Jesús donde es posible hallar el germen que ha servido para desviar a los pueblos americanos de un destino que pudo haber sido “normal y exitoso” de haber seguido la senda protestante. Pero el autor advierte: no es que los jesuitas hayan sido “populistas”, sino que es en su “imaginario” o “mentalidad” donde hay que ir a encontrar el germen proliferante que engendró a sus líderes del futuro (Perón y Eva, Chávez, Castro) y pastores de iglesia (Bergoglio). ¿Cómo se arriba al momento populista según el autor? Un presupuesto no declarado del libro es que la historia se mueve por pulsiones (“venganza”, “esperanza”, sed de “revancha”) y mecanismos ciegos que operan de manera pendular, de modo tal que a periodos oscuros (populistas, religiosos, fanáticos) le siguen periodos iluministas, secularizantes, proclives al estado liberal, la economía de mercado, la ciencia y la propiedad privada. Los pueblos por los que el espíritu del protestantismo no ha pasado (y por ende, tampoco el capitalismo), no sólo no han superado la barbarie sino que persisten en ella. Pero hay algo más llamativo aún: vista de este modo, la historia carece de “sujetos”: los periodos populistas —que en América Latina han sido reparatorios de la bancarrota económica y de los retrocesos a que condujeron la aplicación de políticas neoliberales en diversos momentos de la historia— son apenas una peripecia, un movimiento en el péndulo de la historia, no proyectos concretos llevados a cabo por sujetos políticos. La inyección de populismo ha condenado a los pueblos americanos a la imitación servil, a la obediencia, la pasividad, la falta de originalidad, a la fe ciega. Como se puede apreciar, es una lectura que pasa por alto rebeliones y resistencias, modos singulares de organizar la propia economía, de crear e imaginar. Una lectura llevada a cabo desde un escenario que ignora y niega las luchas emancipatorias llevadas a cabo por los pueblos latinoamericanos.

Veamos ahora brevemente otro ensayo, *Contra la tentación populista* (2006, 2018) de Slavoj Žižek, con el cual, no obstante, dialogaremos. El filósofo esloveno vuelve sobre un tópico trillado: para la elite ilustrada, tecnócrata y liberal, el populismo es intrínsecamente profascista, “desbordamiento de pasiones ciegas y utópicas” (2018:

20). Si bien el autor no se cuenta entre los liberales y tecnócratas, comparte con ellos su temor: el que el populismo albergue “una tendencia profascista a largo plazo” (29). Ella se funda en el “liderazgo carismático” propio de una política de masas, fenómeno que retrotrae a los europeos a traumas vinculados con su propio pasado: “el movimiento popular *necesita* la identificación con la figura del líder carismático” (28, nota). Merced a esta figura —analizada en profundidad por Cadahia y Biglieri, a cuyo ensayo remitimos (2021: 80-89)—, el populismo mantendría intacta la única estructura contra la cual hay que destinar todas las energías de la lucha, a la cual cabe erosionar: el sistema capitalista. Para Žižek, la clase que operacionaliza esa lucha (el proletariado) es (debe ser) impersonal, no recaer en personajes fuertes que a la larga se convierten en déspotas. Desde luego que el análisis amerita mayor desarrollo. Retomaremos en el apartado que sigue algunas de sus observaciones, útiles a la hora de entablar un diálogo fructífero e iluminar los presupuestos que, en línea con Gadamer, asumimos y orientan este ensayo.

El populismo en la perspectiva latinoamericana (Laclau/Mouffe)

A despecho de estos abordajes, con la emergencia, en la década pasada, de gobiernos auto-percibidos como populistas, es decir, que no reniegan de su inscripción en un tipo de soberanía que, desde el nacimiento de la democracia, llamamos “popular”, el término “populismo” ha reingresado al campo de los estudios políticos. Debemos a Ernesto Laclau —especialmente al libro *La razón populista*, de 2005— y a Chantal Mouffe —*Agonística. Pensar el mundo políticamente*, de 2013— el estudio de su lógica inmanente. Uno de los aspectos a destacar de estos trabajos es que hayan intentado comprender el fenómeno, no ya en *términos ónticos*, es decir, a partir de ciertas características que revestirán luego carácter de “síntoma” (tratándose del populismo, en síntomas de la “enfermedad”), sino en *términos ontológicos*, es decir, a partir de la comprensión de su lógica inmanente. Lo que estos autores nos ofrecen como piedra de toque es una serie de conceptos en su articulación, no una mera descripción de contenidos empíricos o una valoración.

El punto de partida para el pensamiento de *lo político* —dimensión cuya autonomía respecto de la dimensión económica es reivindicada— es el concepto de *antagonismo*: la politicidad implica fractura y tensión constituyentes³. Dicha lógica, que recupera el principio de contradicción tensiva —a diferencia del principio de simple oposición o coexistencia de los opuestos— opera, no por fuera del ordo social, sino como su

³ Esta fractura ya había sido advertida por Aristóteles, quien asegura en *Política*: “...que las mismas personas sean a la vez pobres o ricas, es algo imposible. Y es por esa razón que lo que se considera como las partes de la ciudad son estas: los ricos y los pobres [...]. De ahí que los regímenes políticos se establecen según el predominio de una u otra parte, y al parecer hay dos regímenes políticos: democracia y oligarquía (1291b)”. De ahí que apueste al crecimiento de las clases medias, que son las que ponen “medida” en el ordo social. Sin inscribirse en el populismo, Jaques Rancière (2007) reconoce que la llegada de los que no “cuentan” al ordo social, descompone la armonía del organismo político, abre una brecha que será fuente de tensiones y malentendidos.

médula⁴. Contra la matriz liberal, para la que las diferencias (de clase, de etnia, de género, entre otras) convergen en un espacio homogéneo y neutral, libre *a priori* de interferencias, para la matriz populista el campo social se encuentra intrínsecamente tajeado, roto, habitado por el desacuerdo. Para esta tradición de pensamiento (de indudable raíz hegeliano-marxista), la política, pues, no es apenas una superestructura deudora de la estructura económica. Lo político no es tampoco un aparato jurídico, un modo de gestionar la *cosa* pública, una forma peculiar de negociación o de ejercicio de la astucia (esta última forma es propia del barroco clásico, como la que sostiene Baltasar Gracián), sino que es un ámbito relativamente autónomo respecto de otros, como el moral, el estético, el económico, etc. Decir que es autónomo implica que es autofundado; que no emana de otra instancia superior o fundamental, sino que es regulado por una lógica de funcionamiento intrínseca cuyo principio, la contradicción, engendra la figura del antagonista (Vergalito 2017: 55). Esa realidad barrada por fronteras invisibles es incompleta: un no-todo. Ese no-todo es el modo en que ingresa al campo político lo “imposible”. Como señala Gloria Perelló (2007: 87): “...si hay alguna manera de que se conforme una comunidad política es en la medida en que no todo pueda ser inscripto en esa totalidad, es lo que Laclau (2005) denomina “heterogeneidad social [...]”.

¿Cómo se constituye el campo político? ¿Qué *pueblo* supone este concepto de politicidad? El punto de partida es, para Laclau, la existencia de demandas. La demanda (en compleja vinculación con la falta y el deseo) es la categoría mínima desde la cual es necesario partir, el elemento genético que pone en marcha una relación hegemónica. Hay dos maneras (dos “lógicas”) de responder a la insatisfacción constitutiva de la demanda. De acuerdo con la primera, la demanda se satisface segmentadamente: por ejemplo, si hay un problema de higiene urbana o de ocupación del espacio público, los vecinos recurren a la autoridad competente y ésta busca resolver el problema. En este caso, la demanda se ve satisfecha en la medida en que las instituciones cumplen con su rol, lo cual presupone un contrato entre las partes (visión liberal del Estado). Esta lógica recibe el nombre de “lógica de la diferencia”. La otra lógica, en cambio, supone la articulación de las demandas en una cadena equivalencial: dado que el sistema se revela incapaz de absorber la totalidad de las demandas, ellas ya no procuran satisfacerse de modo segmentado e independiente sino articulándose con otras demandas (por ej., a la demanda por mayor higiene urbana se añade el reclamo por más vivienda o más trabajo). En su transversalidad, la articulación que responde a la lógica de la equivalencia ignora el corte por clases, etnias, grupos, minorías o partidos políticos. Dada su heterogeneidad, es necesario, pues, que se procure una “unidad” a través de un significante (un “nombre”) lo suficientemente flotante, indeterminado y vacío como para contenerlas a todas. Puede ser un significante que, anclado en una demanda

⁴ Distingo entre simple oposición y contradicción, de acuerdo a la diferencia que establece Hegel en la *Ciencia de la Lógica*. En la oposición, los momentos “son lados de la diferencia, determinados sólo uno por medio del otro”, en cambio, en la contradicción, uno de los lados excluye al otro: “este poner es directamente el poner su otro, que lo excluye”, generando movimiento y tensión (Hegel, tomo 2, 1993: 62-63).

particular, represente el todo (“solidaridad”, “trabajo”); puede ser el nombre de un líder. Ese significante es vacío en la medida en que no hay un único contenido positivo que sirva de punto de amarre, pues las demandas son diferentes entre sí. Este aspecto es especialmente sensible para lo que nos proponemos en la última parte de este trabajo: articular populismo y neobarroco, dado que la operación descrita por Laclau (profundizada en uno de sus últimos trabajos) remite a la retoricidad en tanto dimensión de la significación ontológicamente constitutiva:

Un significante vacío, como he tratado de mostrar, no es sólo un significante sin un significado —que, como tal, estaría fuera de la significación— sino que es uno que significa el punto ciego inherente a la significación, el punto en el que la significación encuentra sus propios límites y que, sin embargo, si va a ser posible, tiene que ser representado como la precondition sin significado del significado. En términos psicoanalíticos, sería el momento de lo Real —el momento de distorsión de lo Simbólico, que es la precondition para que lo simbólico se constituya a sí mismo como totalidad. (Laclau 2010: 24)

Cuando determinadas demandas particulares insatisfechas consiguen establecer entre sí una cadena equivalencial, están dadas las condiciones para la conformación de un proceso hegemónico cuya eficacia depende, en buena medida, de los significantes vacíos que articulen esas demandas. Pero esta cadena equivalencial “resulta de una construcción discursiva contingente y no de una convergencia impuesta a priori” (Laclau 2005: 117). En este momento adviene el “pueblo”.

A diferencia de lo planteado por Zanatta, el pueblo, pues, es el efecto de esta articulación plural y contingente, no su punto de partida; su constitución, lejos de ser consistente e integrada, presenta baches, rasgaduras: no sólo hay *diferencias* entre demandas, sino que hay una *brecha* entre nombre (significante) y pueblo. Los puntos de sutura, es decir, los intentos de estabilización provisoria del sentido en su transcurrir, en su incesante proliferación, son siempre precarios; no hay una identificación positiva entre pueblo, significante y líder. Es la cadena equivalencial de demandas y el significante vacío la que constituye un pueblo; él no es un sustrato, una esencia a la que haya que volver o recuperar. En la medida en que los significantes sean lo suficientemente amplios como para garantizar desplazamientos metonímicos que no sucumban a la inmovilidad, los peligros que normalmente se le achacan al populismo, desaparecen. Pero es necesario mantener una mirada atenta que prevenga la tentación del cierre y la conformación de totalidades cerradas. Para ello es importante —como veremos en la última parte— que metáfora y metonimia trabajen conjuntamente: de ahí la pertinencia de su enlace con el neobarroco que desarrollaremos *infra*.

Una demanda es siempre dirigida a un otro. Es claro entonces que toda conformación hegemónica supone una frontera, un límite, con ese “otro” con el cual se antagoniza —los de “abajo” *contra* lo de “arriba”, democracia contra oligarquía, subversión contra statu-quo, nosotros contra ellos, como ya lo había entrevisto Aristóteles (véase nota 1). Esa construcción de un otro-antagónico (la de un “ellos” exterior) es inherente a la

confrontación política. O mejor dicho, a la politicidad en sí, a diferencia de la cualidad puramente asociativa vinculada a lo social. No se trata de un enemigo a exterminar, tal como lo piensa Carl Schmidt ([1932] 2015), sino de un antagonista con quien confrontar. De acuerdo con Mouffe: "...lo importante es que el conflicto no adopte la forma de un 'antagonismo' (una lucha entre enemigos) sino la forma de un 'agonismo' (una lucha entre adversarios)" (2013: 26). Desde esta perspectiva, el momento contencioso no está destinado a ser superado para alcanzar el estadio feliz de la armonía y la reconciliación, sino que constituye el meollo, o la lógica misma, de lo político. El conflicto es constituyente ontológico del fenómeno a comprender, no una simple peripecia destinada a ser evacuada. Ahí es donde Žižek le concede su parte de virtud al populismo: el que éste haya rehabilitado la política por fuera de la mera institucionalidad técnica afín a la pos-política.

Una de las críticas que se han hecho a este modelo es su formalismo. Laclau no elude el carácter formal de su constructo: "Este mayor refinamiento y radicalización nos exigen realizar una tarea muy precisa: reemplazar el tratamiento puramente sociologista y descriptivo de los agentes concretos que participan en las operaciones por un análisis formal de las lógicas que implican estas últimas" (Laclau 2011: 60). Esto significa que sus principales elementos constituyentes (demanda, pueblo, hegemonía) pueden rellenarse de múltiples contenidos, ser aplicables a diversos contextos y adoptar diversos matices (de derecha, de centro e incluso de izquierda). **El populismo trascendental no tiene un enemigo empírico identificable apriorísticamente, ni su agente de emancipación es una clase determinada, ni una etnia, ni una minoría. Tanto el pueblo como su antagonista son elementos contingentes en una trama relacional.** Este aspecto, unido a aquel que asegura el no-todo, merece ser subrayado: la *contingencia*, en este esquema, es un elemento prioritario que inhibe la posibilidad de determinar de antemano cómo será la conformación del pueblo y cómo se comportará en el futuro. En base a este elemento, solo cabe, en términos hermenéuticos, realizar una lectura retrospectiva de la historia.

Como ha sido subrayado en un trabajo anterior (Rossi, Muñiz 2013), este carácter formal-trascendental supone a la vez un límite y una ventaja. Empecemos por la última: la ventaja es que el pueblo, como hemos señalado previamente y reconoce Žižek, *emerge* como sujeto político: no es una sustancia previa, ni tiene un contenido óptico determinado. No se identifica con una *ethos* preestablecido. Por otra parte, debido al carácter contingente de su formación, no se puede determinar de antemano cómo será constituido. Ambos aspectos alejan el fantasma de los populismos de derecha. Pues la derecha pretende fundar sus propias bases en la pureza de un grupo social incontaminado (debida a la raza, la preferencia sexual, el color de piel, etc.), separado de un afuera "anómalo" (el inmigrante, el judío, el homosexual, etc.), de acuerdo con una lógica de lo puro y de lo impuro, de lo normal y lo aberrante.

También el "ellos", el antagonista, tiene, de acuerdo con esta lógica, un carácter puramente ocasional: no se puede determinar de antemano el otro frente al cual se dirige la propia diferencia. Sin embargo, en este punto creo que podría ser oportuno

enlazar la perspectiva formalista de Laclau con la historia, llevándola a un terreno de mayor determinación del antagonista —no de su petrificación. Pues **la identificación (reiteramos: no la fijación ni la positivización) del contendiente —vinculado, en nuestra historia, al pasado colonial, al hispanismo reaccionario, a las oligarquías terratenientes y al patriarcado—, haría posible incrustar la lucha populista a una historia que exceda la mera coyuntura y supere a la vez el mero formalismo.** Otro punto a tener presente es que ese “otro”, si bien se anuda en la historia, es *también*, como el pueblo (el “sujeto” de la emancipación), un antagonista disruptivo, impredecible. Cosificarlo es subestimar sus estrategias y su identidad, también mutante. El otro, como el sí mismo, esquiva las certezas. Nosotros somos los “otros” de los “otros”. Es preciso por tanto hacerlo parte de las luchas por el reconocimiento, cuyo resultado final se ignora. En este punto estimo justas las críticas de Žižek a ese aspecto formal del constructo analítico de Laclau. En cambio, sería de mayor provecho atender a las trayectorias que resultan de la historia.

Žižek señala a su vez que “para un populista la causa de los problemas nunca es el sistema como tal, sino el intruso que lo corrompe” (2019: 25). Esta acusación es muy interesante. Žižek reprocha al populismo no atacar las bases del sistema capitalista sino de mantenerlo intacto mientras persigue o castiga a sus presuntos corruptores. A lo cual hay que responder que quizá sea cierto que un populista no esté interesado en encontrar la causa de los problemas sino que, como buen “pragmático”, se dedica a atacar al antagonista coyuntural que inhibe la satisfacción de las demandas exigiendo, por ejemplo, mayor redistribución de la riqueza y mayor Estado de bienestar. El enemigo, pues, ni es completamente abstracto (el “sistema capitalista”), ni es una figura “positivizable” (es decir, la encarnación particular de un universal), de modo que pueda prestarse a la práctica de linchamientos, usuales entre las extremas derechas. El populismo republicano recusa el punitivismo vengativo de las derechas tradicionales, antisemitas o anti-inmigrantes.

La matriz posestructural desde la que se piensa el populismo hace que ninguno de sus elementos constituyentes pueda ser fijado; a su vez, asegura que no haya plenitud, siquiera como horizonte. En el populismo persiste la brecha entre universalidad y particularidad, de modo que siempre habrá un resquicio entre líder-representante-representado, un intervalo entre palabra y escucha. Por eso se vuelve fundamental el rol la retórica, cuestión que recibe una primera aproximación en *Hegemonía y estrategia socialista* (2004) para desarrollarse luego en “La articulación y los límites de la metáfora” (2010).

Retórica, populismo y neobarroco

En la retórica se encuentra la llave que permite anudar populismo y estética neobarroca. Laclau coincide con Gérard Genette (1972) cuando señala que hay que ver en la significación una retórica generalizada. En otras palabras: la retoricidad no sería un abuso sino que es constitutiva de la significación en cuanto tal —asunto del que

Nietzsche fuera precursor en su famoso texto “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”, en el que señala que todo lenguaje, incluso el referencial, es metafórico.

Las dos matrices generadoras de significación en el universo de la retórica son la metáfora y la metonimia; su implicación mutua asegura la unidad de un espacio discursivo y la existencia de una narrativa, de un relato. El fundamento de ambos tropos son las nociones de analogía y contigüidad, las cuales —nos dice Laclau siguiendo a Genette— tienden a fundirse una en la otra. La metáfora asegura que haya sustitución por analogía; la metonimia, desplazamiento, encadenamiento temporal, combinación y contextura, elementos que aporta Roman Jakobson. La distinción entre analogía y contigüidad se corresponde a su vez con los ejes sintagmático y paradigmático del lenguaje identificados por Ferdinand de Saussure. Así, por ejemplo (y para fondear en nuestra literatura, dejando de lado de una vez por todas los ejemplos tomados de la literatura francesa), en el cuento “El fiord” (1969) del escritor argentino Osvaldo Lamborghini (1940-1985), “el fiordo” —nombre de un accidente geográfico propio de climas gélidos— es metáfora de un exterior hostil (el espacio público-político) que empuja a un interior claustrofóbico en cuyo perímetro se suceden ultrajes, violaciones y tratos humillantes. Desde el genocidio indígena a la sangrienta dictadura del 76 (de la que el cuento es anticipo premonitorio) el escarnio de los cuerpos adopta diferentes formas y valencias. Ese sucederse, propio de la alegoría, es metonímico: la palabra no está anclada a ninguna “realidad” (las consignas que hacen referencia al movimiento obrero argentino se intercalan sin orden ni concierto, semejan cartuchos vacíos después de una cacería); el sentido se desliza en un continuo que desbarajusta todo verosímil. De ahí que ambas operaciones (metáfora, metonimia) sean para Laclau *transgresiones* del principio que rige la lógica diferencial, asociada al eje sintagmático (combinatorio) del sistema significante, sobre cuya base se construyen el verosímil realista.

La trasgresión es total cuando el desplazamiento metonímico se consuma en la metáfora, es decir, cuando el arte de combinar se deja absorber por sus fulguraciones analógicas: “En un sentido puede decirse que la metáfora es el *telos* de la metonimia, el momento en el que la transgresión de las reglas de combinación ha alcanzado su punto de no retorno: una nueva entidad ha nacido y nos hace olvidar las prácticas transgresivas en las que está fundada” (2010:23). Es lo que ocurre en “El fiord”: “El continuo rompe con la escritura referencial: es imposible establecer dónde termina la metáfora y dónde comienza la literalidad, cuándo el lenguaje gira sobre sí mismo y cuándo se extiende hacia un referente externo” (Belvedere 2000: 30).

También para Lezama Lima —el “fundador”, de acuerdo con Severo Sarduy, del neobarroco latinoamericano—, la metáfora es huella de la distancia originaria entre los seres e intento de proximidad. Ella es la que nos muestra que si la palabra “Majestad” es la imagen-metáfora de “Rusia”, es porque entre el cuerpo-orbe y el cuerpo-monarca (su doble, su “semejante”), hay diferencia. Diferencia que posibilita un plus de conocimiento, que convierte a la metáfora en prisma para la proyección de nuevos reflejos y sentidos. Esa inflación de la lengua en la metáfora y en los enlaces por ella posibilitados, es la clave de un conocimiento arborescente que resiste los

confinamientos en géneros y parcelas, los aplanamientos del lenguaje positivizante y la primacía de los nexos causales que inhiben la irrupción de lo imposible. Lo imposible encallando en lo posible es para Lezama hechizo y prodigio, poesía e inocencia, “liberación del trabajo como forma vulgar del acarreo mecánico” (2014: 319).

Para Laclau, este momento —el del movimiento de la metonimia a la metáfora, de la articulación contingente a la pertenencia fundamental— es inherente a la operación política medular llamada “hegemonía”. Y no carece de poesía. E incluso de “sublime”. Por eso lo habita la metáfora:

El nombre —de un movimiento social, de una ideología, de una institución política— es siempre la cristalización metafórica de contenidos cuyos vínculos analógicos resultan de ocultar la contigüidad contingente de sus orígenes metonímicos. A la inversa, la disolución de una formación hegemónica implica la reactivación de esa contingencia: el retomo de una fijación metafórica “sublime” a una humilde asociación metonímica. (2010: 20)

Retomando una vez más a Jakobson, Laclau considera que estas operaciones forman parte de un universo cultural más amplio del que participan el cine, las artes plásticas, la arquitectura. Es de este cántaro donde la política habrá de beber. La literatura y el arte neobarrocos latinoamericanos construyen sus filigranas con estas figuras y tropos; en su trenzado los diversos registros (el político, el literario, el visual) se interceptan, se solapan, juegan. Sus formas pletóricas y rebosantes de vida, al decir de Lezama, rehúyen las múltiples formas de servidumbre y la fatiga que decanta en pura repetición de lo mismo. De este modo, si el populismo pudiese consumir sus nupcias con el neobarroco, no lo haría sólo en base a la falta sino a la *potencia*. “Potencia” en el sentido espinosista, con su particular énfasis en la corporalidad: como el *poder-hacer* del cuerpo cuya intensidad se juega en poder aumentar o disminuir, favorecer o reprimir el *poder-pensar* del alma⁵. Potencia de los cuerpos y potencia de creación en aras, precisamente, de impedir a su otro más temido: la fijación totalitaria. Esto es lo que expresa Lezama Lima a lo largo de su inacabada novela. *Paradiso* es un desplazarse infinito, nunca conclusivo, que tiene al río como metáfora de la temporalidad. Contra la fijación totalitaria se vuelve “el saludador de lo viviente creador y acusador de lo amortajado en bloques de hielo, que todavía osa fluir en el río de lo temporal”. (1972: 439)

El pueblo de los populismos contemporáneos no es sujeto pleno: este es, grosso modo, el resultado de un movimiento del pensar cuyo punto de partida es un sujeto fallado, dividido contra sí mismo, y una estructura social que también está irremediabilmente fracturada. Es, bajando al sur, a la orilla rioplatense, sustancia barrosa que se escurre,

⁵ Tomo la proposición XI de la parte 3 “La idea de todo cuanto aumenta o disminuye, favorece o reprime la potencia de obrar de nuestro cuerpo, a su vez aumenta o disminuye, favorece o reprime, la potencia de obrar de nuestra alma” (Spinoza 1983: 180).

que no se deja atrapar o decir. Es el pueblo de los populismos nacidos bajo el signo posestructural: esta matriz de origen es lo que hace a la diferencia entre pueblo en sentido sustancial y pueblo como articulación de los heterogéneos en torno de un significativo vacío. Pueblo en su origen presuntamente puro e incontaminado y pueblo en su origen impuro, mestizo, metamórfico, poblado de seres de esquivada filiación. Pueblo de abolengo o pueblo bastardo, “hijo de la chingada”, advenedizo, plebeyo.

El pueblo del populismo es entonces la reunión contingente de los distintos a quienes vincula un significativo vacío, pronunciado y/o avalado por la figura de un líder o lideresa de quien se espera decisión. Pero en el populismo republicano esa figura es garante al interior de una maquinaria mayor, el Estado, instancia capaz de articular cada una de las instituciones democráticas: poder ejecutivo, legislativo, judicial, universidades públicas, institutos de investigación, etc. El líder populista se tensa pues con aquellos principios e instituciones inherentes al funcionamiento republicano de gobierno: división de poderes, contrato, individuo y libertad negativa, por lo que el “producto” es altamente contaminado (Rinesi 2015); él emerge de la comunidad, origen del movimiento, sin la cual no es nada. A su vez, es punto de aglutinación, sin el cual esa totalidad plural y no plena, que es el pueblo, se dispersaría entre los elementos que lo componen. Laclau señala que entre la centralidad política del líder (sumada al poder burocrático), y la autonomía de los movimientos de base, de las organizaciones, “existirá siempre el peligro de una tensión que sólo puede ser resuelta a través de una negociación política incesante” (Laclau 2006).

El caudillo de nuestras pampas, a la vez fascinante y temido, ese patriarca a quien se ama o de quien se desconfía, ese líder paternalista, esa figura fuerte (que el imaginario pinta entre prepotente y contenedor), sería quizá su figura precedente, no la actual. Lo que los actuales líderes populistas desmontan o pretenden desmontar (con éxito desigual) es una dimensión del viejo orden no del todo vencida: un régimen de dominio despótico, una organización jerárquica de lo social, una estirpe, una cierta configuración del espacio social domesticado. Lo temido es que la palabra del líder populista pueda desencajar, clamar por cuerpos, llenar plazas, desbordar la calle, apelar al elemento plebeyo, femenino, de la construcción política: ese arrebató es lo temido.

El espacio público y político del populismo es conflictivo. Esta noción no es extraña a nuestra tradición ilustrada, según la cual o el mundo es fracturado en sus entrañas más profundas —por lo cual la división es constituyente— (de Hegel a Marx), o en conformidad consigo mismo —por lo cual el litigio es apenas un error que debe (y puede) ser subsanado (Habermas). Si los materialismos históricos parten de la contradicción como motor de la historia, por lo que la lucha es condición para la emancipación (entramado que exige sangre y trabajo, mujeres y proletariado, cuerpos que trabajen juntos), los esquemas de cuño demócrata y liberal parten del acuerdo, por lo que el diálogo y el consenso se convierten en los procedimientos adecuados (competencia de doctos o especialistas) para restablecer la armonía perdida. En un caso, la emancipación es política, procede del litigio y la lucha, en el otro, la liberación es moral, depende de la adopción de un punto de vista crítico, de un diálogo reglado libre

de interferencias, de un deber ser. Los populismos republicanos latinoamericanos reclaman parte de estas herencias —de ahí su carácter *dual*, en palabras de Eduardo Rinesi (2010: 64): “El populismo es, de hecho, conflictivo e incluso consensualista, y en esta ambivalencia están sus problemas, su riqueza y su interés”. De este modo, pueden concebir una conflictividad originaria sin hacer de la clase obrera el sujeto primordial o único de la lucha (no minimiza las luchas feministas o indigenistas) a la vez que apuestan a un Estado garante de derechos adquiridos y al poder de la palabra pública.

¿Cuál es la novedad en este populismo neobarroco latinoamericano? La novedad consiste en que si el pueblo no es un sujeto pleno sino dividido, un colectivo cuya enunciación se pospone, que no puede ser cubierto por la palabra (a menos que esta sea resbaladiza o metafórica, que estalle en muchos sentidos) ni puede ser adscripto a una única clase, tampoco puede ser representado por un líder carismático que elimine toda mediación. El populismo nacido de la matriz posestructural recusa una territorialidad homogénea, un líder que se erija en padre —o en madre: las asociaciones recientes entre madre y Estado que cuida deberían ser revisadas (Biglieri y Cadahia 2020)—, una doctrina que se enuncie sin lagunas, o un pueblo que aparezca como un sustrato previo, completo y compacto desde el origen. Nada recuerda tampoco, en estas elaboraciones, a los organicismos, que pretenden que una modificación en las partes afecta al todo, o que el todo preside la conformación de las partes. La patria no es el cuerpo, ni el cuerpo del rey resulta íntegro aun cuando aparezca desnudo. Sin renegar de la importancia de los liderazgos, los populismos latinoamericanos reivindican esa instancia de mediación entre líder, poderes fácticos y sociedad civil, cuyo atomismo puede ser superado en el pueblo. Esa instancia mediadora no totalitaria es el Estado.

Para concluir: en su relación con la figura del Estado, los populismos latinoamericanos entran en disputa, por un lado con el socialismo, que identifica al Estado como la forma originaria de la dominación capitalista; por el otro, con el republicanismo, cuyos principios y procedimientos, garantes de las libertades individuales, ven amenazados por él. Sin embargo, el populismo republicano —al que hemos añadido el mote de “neobarroco” para inscribirlo en una nueva modalidad: la que emerge de la potencia creativa de las comunidades americanas—, hace de la forma estatal, como señalan Valeria Coronel y Luciana Cadhaia, “un espacio para la irrupción plebeya y un instrumento de conquistas populares” (2018). Ello desactivaría, por su fuerza disruptiva, su cualidad de instrumento al servicio de las oligarquías. El lazo plebeyo es un lazo que desactiva la “identificación inmunitaria” (reactiva) que preserva de toda contaminación, y establece la igualdad de los de abajo, posibilitando a su vez el tránsito hacia formas identitarias no exploradas. Por eso es barroco: como hemos desarrollado en otro lugar, la dimensión activa de las singularidades resistentes (llámense “individuos” o “comunidades”) como aspecto fundamental de emancipación política, implica un movimiento capaz de integrar el elemento anómalo y la bastardía, la lengua extranjera y la propia, el sujeto plebeyo y aquel arrojado a los márgenes, el marginal. “Es incorporación de del elemento díscolo, del desecho, del habla insumisa” (Rossi 2021: 16). A los dispositivos de dominación tecnocapitalistas cabe oponerles el sujeto de

deseo, sujeto dividido, agujereado y carente (en el sentido de Lacan), pero también potencia activa (en el sentido de Deleuze) capaz, no solo de resistencia, sino de crear otros entramados sensibles.

He procurado demostrar que el populismo tiene chances de convertirse en verdadera alternativa en la medida en que la demanda (punto de partida de todo proyecto hegemónico) pueda ser complementada con el deseo intensivo que anima y moviliza las fuerzas vivas y creativas de la comunidad. En otras palabras: considero que no es suficiente partir de la falta: es necesario poner el foco en la potencia. La lógica sacrificial que opera en base a los paradigmas vigentes puede ser deconstruida sólo en la medida en que la potencia creativa de los pueblos sea valorada e intensificada. De este modo, el populismo latinoamericano no sólo se constituirá a sí mismo sobre la base de la igualdad inclusiva (contra la desigualdad excluyente) y de la participación de las diferencias impuras (contra la uniformidad ontológica de los populismos de derecha), sino a partir de la vitalidad festiva y creativa de sus comunidades, de la escritura singular de sus ensayistas, poetas y novelistas, de las imágenes potentes de sus artistas. Tal la importancia del neobarroco. Es en el secreto de sus metáforas brillantes, esquivas a un único significado; en el recoveco serpentino de su letra, reacio a la línea recta y al “progreso”; en la multiplicidad de sus planos y puntos de vista, distantes de la uniformidad y de la mirada soberana, donde reside su fuerza. Fuerza que no sólo resiste sino que crea. Imagina, siembra, hace proliferar e inventa nuevos mundos posibles.

Referencias

Alemán, Jorge (2018) *Capitalismo. Crimen perfecto o Emancipación*. Buenos Aires: Ned.

Aristóteles (2005) *Política*. Traducción de Ma. Isabel Santa Cruz y Ma. Inés Crespo. Buenos Aires: Losada.

Belvedere, Carlos (2000) *Los Lamborghini*. Buenos Aires: Colihue.

Biglieri, Paula y Luciana Cadahia (2021) *Seven Essays on Populism*. Cambridge: Polity Press.

_____ (2020) “El futuro en reversa”, en IECS. Disponible en <https://www.ieccs.es/2020/05/18/el-futuro-en-reversa/>

Biglieri, Paula y Gloria Perelló (2007). *En el nombre del pueblo*. Buenos Aires: UNSAM.

Coronel, Valeria y Luciana Cadahia (2018) “Populismo republicano: más allá de «Estado versus pueblo»”, en Nueva Sociedad, N° 273. Disponible en <https://nuso.org/articulo/populismo-republicano-mas-alla-de-estado-versus-pueblo/>

Foucault, Michel (2007) *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

- Gadamer Hans-George (1999) *Verdad y Método I*, Salamanca: Sígueme.
- Genette, Gérard (1972) “Métonymie chez Proust”. En *Figures III*, Paris: Editions du Sueil.
- Hegel, G. W. F. (1993) *Ciencia de la Lógica*. Vol. 1 y 2. Traducción de Augusta y Rodolfo Mondolfo. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Laclau, Ernesto (2011) “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas. En Butler, Judith, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*. Buenos Aires: FCE, pp. 51-94.
- _____ (2010) “La articulación y los límites de la metáfora”. En *Studia Politicae*. N° 20. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Católica de Córdoba, Argentina, pp. 14-38. Disponible en <http://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/SP/article/view/526/548>
- _____ (2006) “Consideraciones sobre el populismo latinoamericano”. Cuadernos del CENDES, vol. 23, núm. 62, Caracas: Universidad Central de Venezuela, pp. 115-120.
- _____ (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Lamborghini, Osvaldo (1969) “El fiord”. En O. Lamborghini (2013), *Novelas y cuentos I*- Buenos Aires: Mondadori.
- Lezama Lima, José (2014) *Ensayos barrocos*. Buenos Aires: Colihue.
- _____ (1972) *Paradiso*. Buenos Aires: de la Flor.
- Mouffe, Chantal (2013) *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: FCE.
- _____ (2005) *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Rancière, Jacques (2007) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rinesi, Eduardo et al. (2010) *Si este no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- _____ (2015) “Populismo y republicanismo”. En *Revista Ensamblés*, año 2, n.3, pp. 84-94. Disponible en: <http://www.revistaensambles.com.ar/ojs-2.4.1/index.php/ensambles/article/view/6>

Rossi, María José (Coord., 2020) *Polifonía y contrapunto barrocos: Marosa de Giorgio, José Lezama Lima, Wilson Bueno*. Buenos Aires: Teseo.

_____ (2019) “Entre el comunismo hermenéutico y el populismo latinoamericano: lectura de G. Vattimo con E. Laclau”. Revista *Cartografías del sur*, N° 8. Buenos Aires: Universidad Nacional de Avellaneda.

Rossi, María José y Marcelo Muñoz (2013) “Zizek y Laclau a propósito del binomio ‘necesidad-contingencia’ (o acerca de cómo la pauta de lectura modifica el fantasma y el relato)”, IV Jornadas Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea, IUNA, CABA, publicado en actas. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/174014714/>

Schmitt, Carl (2015) *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart & Cía.

Spinoza, Baruch ([1677] 1983) *Ética demostrada según el orden geométrico*. Buenos Aires: Orbis.

Varoufakis, Yanis (2020) *¿Qué vendrá después del capitalismo?* Buenos Aires: Clacso.

Vergalito, Esteban (2017). *Laclau y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.

Zanatta, Loris (2014) *El Populismo*. Buenos Aires: Katz.

_____ (2021) *El populismo jesuita. Perón, Fidel, Chávez, Bergoglio*. Buenos Aires: Edhasa.